

EL ECO JUVENIL,

PERIÓDICO SEMANAL DE RECREO.

REDACCION,
Cam poamor 27. pral.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Castellon, un mes 1 real.—Fuera, 1 y medio.

ADMINISTRACION,
Mayor 64.

RISA Y LLANTO

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Continuacion)

En el curso del mes que siguió, Fernando y Maria se vieron con mas frecuencia, pues habiendo simpatizado con el baron, como simpatizaba con todos los que le trataban, era uno de sus mas queridos tertulios. Sin embargo de la costumbre de verse, Fernando tenia que sufrir que Maria soltase la carcajada cada noche cuando él llegaba delante de toda la reunion, siendo la imperfeccion fisonómica la causa del ridiculo que Maldonado tenia que sufrir en la reunion del baron del Pinar. Es verdad que Maria arrepentida de sus manifestaciones se retiraba despues á su gabinete, del que salia con los ojos muy encendidos. Yo observaba todo esto, aunque esperaba que la costumbre y el amor, del que ya no me cabia ninguna duda que mi amigo sentia por Maria, unido á sus apreciables cualidades y talento, cautivarían á la señorita de Vargas y harian que esta no viese otra cosa en el hombre que le entregaba un corazon de tanta valia, que un jóven cuya nobleza de sentimientos borraba cualquier

imperfeccion. Asi pensaba tambien el baron, que habiendo observado el tierno sentimiento que se despertaba en el alma de su hija, me lo comunicó un dia por la gran confianza que en mi tenia, hablándome tambien de casamiento, pues deseaba un desenlace legal á ese incidente. Hícele observar la diferencia de posicion de ambos, pues aunque Fernando no carecia completamente de bienes de fortuna, y era un jóven de gran porvenir por la brillantez con que habia inaugurado el ejercicio de su profesion, hacia solamente dos años que habia abierto su bufete.

—¡Bah, bah! doctor, Dios mediante, vuestro amigo Maldonado será mi yerno, si mi hija le ama, como creo, me dijo el baron; si su posicion es reducida, yo tengo para el que sea marido de mi hija un capital de algunos millones que nadie le disputará. Soy bastante rico para dos, y aun me quedará para mi mas de lo que yo pueda gastar. Os ruego, mi querido doctor, que no olvideis nunca esto.

Debo decirte que el baron me quiere mucho, pues entre sus muchas manias, tiene la de que me debe á mi la vida.

—¡Bah, bah! prosigió el baron, dejemos á esas dos jóvenes almas que se comprendan y se amen, que cuando sus heridas estén ya enconadas, ellos

mismos vendrán á pedirnos el bálsamo que los ha de curar.

Don Bonifacio de Vargas, baron del Pinar, era el último yástago de una noble y rica familia de Estremadura, á la que la guerra de la invasion de Bonaparte, contra el que habia combatido el baron, habia casi arruinado. Obligado á pasar á América á rehacer su fortuna, tuvo la feliz suerte de hacer un gran capital con las operaciones de banca que allí emprendió. Casado al poco tiempo con una opulenta criolla, se vió á los cuatro años de haberse ausentado de su patria con una niña de pocos meses, cuyo nacimiento costó la vida á su madre, y siendo el primer capitalista de la Habana. Inmensamente rico, y viudo en el otoño de su vida, no tuvo ya otro placer que su tierna Maria. Hombre de buen corazon, recto en sus principios, afable en su trato, algo rudo en su lenguaje y violento en su cólera; tenía gran respeto y admiracion por la vieja nobleza, á la que se enorgullecia de pertenecer, mas que de sus millones; respetaba y defendia cualquier gloria, cualquier notabilidad, aunque saliese del pueblo; dispuesto á aceptar con simpatia los progresos sociales á pesar de sus ideas algo retrógradas, comprendia la época en que vivia y se conformaba á seguir el impulso del movimiento actual. Dos grandes pasiones dominaban su corazon. Una era el odio que profesaba á todo lo francés y particularmente á todo lo que descendia de Napoleon; y la otra, la mayor de todas, el grande amor que sentia por su hija Maria, á la cual adoraba como si fuese un ángel que Dios le enviara á la tierra para consolar su existencia. Amante de su patria, por la que habia sacrificado su

fortuna en otro tiempo, amaba aún con mas delirio á su hija, por la que no solamente hubiera dado todas sus riquezas sino que tambien su vida.

Tal era el baron del Pinar, del que Fernando Maldonado estaba destinado á ser yerno, por una causa tan extraña como era una imperfeccion fisica.

III.

Despues de un ligero desayuno, continuó Felipe su narracion.

La vida se deslizaba agradablemente para Maria de Vargas. Era dichosa, disfrutando en su sociedad la amena conversacion de Fernando. No así para este. Su esperanza, sus ilusiones, la felicidad que él creia entrever en el amor de Maria, las destruian cada noche sus inoportunas carcajadas. La hilaridad de la señorita de Vargas martirizaba de tal modo el corazon de Maldonado, que la palidez de su rostro y tristeza de su mirada iba cada dia en aumento. Yo esperaba aún que la costumbre de ver continuamente el defecto nasal de mi amigo, curaria á la hija del baron de sus estremadas carcajadas. Notaba, además, en ella, un tinte grande de tristeza, casi dolor, arrepentimiento por sus continuadas risas. La veia esforzarse para contenerla, y comprendia la lucha de su alma entre su buen corazon, que ya estaba seguro amaba a Fernando, y la propension irresistible á la risa, que demasiado adivinaba caia como plomo fundido sobre el corazon del que era objeto de ella, sumiéndole en una desesperacion inesplicable.

Una noche, al regresar á nuestra morada, me dijo Fernando estrechándome entre sus brazos con alegria:

—Soy feliz, mi querido Felipe; Maria me ha prometido que no reirá mas.

—No
to, de
posible
tú, pos
y tan

Pero
trar en
Maria,
da en
nea, a

—¡A
soltó la

Fern
me acer

—Va
sar de
la cura

El b
por lo
mi am
noche
brotó s
raba té
la hace
cuencia
ra al l
alma,
tulios,
anterio
ciosas

Al r
mi bra
siendo
hacia

Su
un gra
él no
ella. M
reconve
ta, res

—E
noble,
túo fel
perdon
No pu

—No esperaba menos de su talento, de su buen corazón, que era imposible no interesara, el que, como tú, posee cualidades de tanto precio y tan poco comunes

Pero, á la noche siguiente, al entrar en el salón de casa del barón, María, que estaba muellemente echada en una butaca junto á la chimenea, al ver á Fernando dijo:

—¡Ah! es V., señor Maldonado, y soltó la carcajada con estrépito.

Fernando palideció horriblemente, y me acerqué á él, y le dije al oído:

—Valor, valor, María te ama á pesar de todo, y la costumbre de verte la curará.

El barón, demostrando su desagrado por lo que su hija hacia, prodigó á mi amigo grandes agasajos. Aquella noche el alma desolada de Maldonado brotó sangre. Su conversacion respiraba tedio á la vida y á todo lo que la hace agradable. Su elocuencia, elocuencia del corazón, rayó á tal altura al hablar de los sentimientos del alma, tema puesto por uno de los tertulios, que María avergonzada de su anterior conducta, derramaba silenciosas lágrimas.

Al retirarnos, Fernando, apoyado en mi brazo, iba llorando como un niño, siendo inútiles las reflexiones que le hacia para consolarle.

Su amor por María habia llegado á un grado de tal exaltación, que para él no habia felicidad en la tierra sin ella. María tambien le amaba, y al reconvenirle su padre por su conducta, respondió:

—El corazón de Fernando es muy noble, muy generoso, y me conceptúo feliz poseyéndolo, pero, padre mio, perdonad la locura de vuestra hija. No puedo contener la risa al mirarle

frente á frente. Me violento, me esfuerzo por no hacerlo, y no puedo. ¿Crées padre, mio, que no sufro por ello? Pues me vas á decir que estoy verdaderamente loca, pues te confesaré que hasta he deseado el ser ciega para no verle, para no martirizar así su corazón con la explosion de mis carcajadas, que no puedo contener.

El barón me contó al dia siguiente la conversacion que habia tenido con su hija, y esto me confirmó que el alma pura de María se hermanaba con el noble corazón de Fernando. Desde entonces me dediqué al estudio de la fisiología, especialmente, y puse todo mi conato en curar esa enfermedad (tal consideraba yo las carcajadas de María), de una manera radical, ya que el defecto físico de Fernando era la causa de esa manifestacion.

Así las cosas, una escena que no quiero pasar por alto, ocurrida entre el barón y Maldonado, demostró á aquel todo lo que valia mi amigo. Una noche, que se trató de pleitos, el barón, en extremo hablador, se dirigió á Fernando.

—Antes que empiece mi partida de ajedrez con el doctor, y que tú, dijo dirigiéndose á su hija, te pongas á cantar el duo de la «Favorita» con el señor Maldonado, que tan bien cantais y que tanto me gusta, me permitirá éste que le consulte un punto de derecho.

(Se continuará.)

EL AMOR.

SÁTIRA

SILENO Y FABIO.

- S. Ya que estoy de buen humor
te voy, Fabio, á entretener:
¿Y sabes qué voy á hacer?
Voy á pintarte el Amor.
Es un niño peregrino
con alas, desnudo y ciego,
con flechas que prenden fuego
abrasador y divino.
- F. ¡Jesus y qué desatino!
- S. Es una grande manía:
es un placer que euagena
es una embriaguez que llena
el corazon de alegría.
- F. ¡Jesus y qué tontería!
- S. Es una estraña dulzura
que recibe el corazon
cuando se halla en posesion
ó á vista de una hermosura.
- F. ¡Bonita está la pintura!
- S. Pues si no es esto el amor,
dime qué es, amigo Fabio:
así lo he visto en un sabio
y muy afamado autor.
- F. Puede ser que esos amores,
segun me los has pintado,
allá en el siglo dorado
los tuvieran los pastores;
pero amor en estos dias
no hay más que al ser y al tener:
yo no encuentro otro querer:
lo demás todo es falsias.
Y sino en Filis se pasa,
perdida por su Petí:
¿podrias tú pensar, dí,
que por lo otro le dejara?
Aquel dulce suspirar;
aquel siempre desmayarse;
aquel nunca separarse

y una eterna fe jurar:
aquel continuo desvelo:
aquel verse laureada
en el Parnaso, llevada
de amor en un raudo vuelo.

- Todo eso fingido, sí,
¡mira lo que le queria
cuando por ser viejo usía
se dejó al pobre Petí!
- S. Confesemos pues que estaba.
Ovidio en un grande error,
cuando dijo que el amor
aun á Júpiter mandaba.
Quien tiene, sí, el absoluto
sobre las almas poder,
no es el dios, no, del placer,
sino solamente Pluto.

EL INCÓGNITO.

VILLANCICO.

CORO.

Venid congregantes,
venid á adorar
á vuestro rey Marta
que ha llegado ya.

La gente de iglesia
talento le dá,
su dicha es ser cura
y de mi murmurar;
venid, congregantes,
vestidito está,
y al de la medalla
podreis admirar.

CORO.

Venid sargentillos,
venid á observar

que á Camila el ojo
le han puesto ya.

Hermoso lucero
le vino á anunciar
la vuelta del ojo
para Navidad.
Delante se postra
todo militar
y admira en Camila
su ojo de cristal.

CORO.

Venid millonarios,
esta Navidad,
que unas niñas «blancas»
os esperan ya.

Con ricas ofrendas
no temais llegar,
pues Ellas aceptan
á quien rico está.
Sabed que las blancas
se quieren casar
con vuestro dinero
por no trabajar.

CORO.

Venid convidados,
venid á probar
el rico bizcocho
que en mi cuarto está.

En un cuarto Petra
el bizcocho entró
y por miedo á cacos
el cuarto cerró.
Mas no vió que dentro
un gatito habia,

y comió del bizcocho
que hizo la madrina.

CORO.

Venid convidados,
venid á comer
del rico bizcocho
que se ha vuelto á hacer.

DIÁLOGOS.

CAMALEON.—Un recuerdo al Nuevo Casino, D. Juan.

JUAN.—Para recuerdos estamos.

CAMALEON.—Sabe V. que el pensamiento de los aficionados de regalar un ramo de flores naturales á cada hija de Eva que asistiese á la funcion de su beneficio, ha sido bueno?

JUAN.—No del todo.

CAMALEON.—¿Y eso?

JUAN.—Por que hay pollitas que no son merecedoras de ello. Ahí tienes tu á la pollita Marco, que tuvo el entretenimiento de deshojar todas las rosas, y luego sentarse encima del ramo.

CAMALEON.—Vamos, la polla Marco habia de ser. Y apropósito: voy á cantar una copla, que me enseñó mi tia doña Orgullosa.

Tienes unos colores
en esa cara,
que parecen pastillas
de chocolate.

CAMALEON.—Una novedad, D. Juan, una novedad.

JUAN.—¿Que novedad es esa?

CAMAMEON.—Diré. Conoce V. unas po-

llas «blancas» que viven en la calle de Arriba?

JUAN.—Si.

CAMALEON.—Pues bien. Yo ya sabia, hace algun tiempo, que todas las pollas en general lo que quieren es casarse: pero ahora sé más, sé que las «blancas» no se casarán, como el novio no sea rico, y las morenas.....

JUAN.—Aquí viene bien aquello de

Santa Rita, santa Rita, santa Rita,
cada una de las «blancas».....

Hemos recibido el núm. 51 de la acreditada Revista semanal «Valencia Ilustrada», cuyo sumario publicamos á continuacion:

Ciencias: Discurso pronunciado en la solemne apertura del curso académico de 1877 á 1878 en la Universidad literaria de Valencia, por el Dr. D. Nicolás Ferrer y Julve, catedrático de la Facultad de Medicina. (Continuacion).—Literatura: Escrito á la luz de la luna, en el bosque de...; poesia por Antonino Chocomeli.—En Monserrat, poesia lemosina por Víctor Iranzo y Simon.—Historia: Cartas y documentos notables, recopilados por Orga.—Comercio: Aduana's.—Exportacion.—Contrabando.—Corporaciones: Sociedad Escolar Médica.—Publicaciones notables.—Miscelánea.

Cubiertas: anuncios.

Administracion: Quevedo, 17.—6 rs. trimestre en Valencia y 8 rs. fuera.

SECCION AMENA.

Viajaba una señorita tan presumida como melindrosa; á su lado iba un inglés saboreando un aromático veguero.

La señorita se ocupaba en separar con el pañuelo el humo que arrojaba el cigarro del inglés, el cual, aún cuando conocia que el humo molestaba á la dama, no tuvo por conveniente apagar su cigarro.

Cansada la señorita de la poca galantería del inglés, le quitó el cigarro y por la ventanilla del coche le arrojó á la via.

El inglés no hizo caso, y al poco rato una perrita americana que llevaba la señorita empezó á jugar con el inglés y á ponerle las patitas sobre el pantalon.

El inglés cogió la perrita por el collar y por la ventanilla del coche la arrojó á la via.

La dama se puso colérica y empezó á insultar al inglés, el cual, con gran flemma, la dijo: «Señogita, usted no se enfadar con mi. Si á V. no la gusta fumar, á mi no me gustan las peguitos, y estamos en paz.»

Bien dicen: Donde las dan las toman.

A un hombre sumamente feo, le dijo un chico:

—¿Sabe V. que ha simpatizado usted conmigo desde el momento que le vi?

—¿Y por qué?

—Po
bres qu

los que

—¿Y

tengo m

—Yo

tuviera

esa, que

que

seg

que

Y a

yo

pue

sab

Parce.

mi

es

—Porque á mi me gustan los hombres que son consecuentes; sobre todo los que no tienen más que una cara.

—¿Y quién le ha dicho á V. que yo no tengo más que una cara?

—Yo lo he comprendido; porque si tuviera V. otra, no saldria á la calle con esa, que más que cara parece un castigo.

—
EPIGRAMAS.

—Dos meses ayuno yo al año,—dijo Matias; y un cesante que le oyó:

—Eso no es nada, exclamó, yo ayuno todos los dias.

—
La caza es un ejercicio que da salud y placer, segun dice mi mujer, que es una mujer de juicio. Y aunque hoy pocos lances tiene, yo respeto su opinion, pues ella y el primo Ramon saben lo que me conviene.

—
SOLUCIONES.

—
Charadas.

Parce.—Pareja.—Irene.—Cabello.

—
CHARADAS.

—
De cuatro silabas consta, mi *segunda* nota es, es mi *primera* vocal,

signo musical la *tres*.
Cuarta doble ó repetida se canta al niño, lector, y el *todo* de esta charada es nombre de un suscriptor.

—
SECURAG.

—
Nunca *tercera* y *cuarta*.
pues si asi fuera,
en tu *prima* y *segunda*
jamás me vieras.
Con nuestro *todo*
te probare mi vida,
cuanto te adoro.

—
OTOS.

—
Con tu hermosura, niña,
prima y *tercera*
á todo el que te mira
por vez primera;
letra es *segunda*,
y el *todo* en tus balcones
bastante abunda.

—
Quisiera para casarme
una mujer *dos* y *tercia*,
y que á la vez por fortuna
la *quinta* doble no sea;
mas sí que su *prima* y *quinta*
como una diosa la tenga.
Si *cuarta*, lector querido,
esta charada no aciertas
haré de tu cuerpo el *todo*
y te pondré en evidencia.

—
Las soluciones en el próximo número.

—
Imprenta de Miguel Soto.

SECCION DE ANUNCIOS.

LA COMPAÑIA FABRIL SINGER

SUCURSAL EN CASTELLON,

2, SAN JUAN, 2

MAQUINAS PARA COSER

SIN RIVAL

SIN RIVAL

Plazos
desde 10 rs. semanales
sin pagar entrada.

Enseñanza gratis á do-
micilio.

Garantizadas por doble
tiempo que las de cual-
quier competidor.

2, San Juan. 2.



Aseguramos
el buen resultado de
nuestras máquinas, con
las condiciones
que el comprador pro-
ponga.

Enseñanza gratis á do-
micilio.

Gran rebaja de precios.

2, San Juan, 2.

CALENDARIOS

AMERICANOS

para el año 1878.

Se venden, á precios económicos, en la imprenta de Miguel
Soto, calle Mayor. núm. 64.

Fernan
á sentars
oirle ater
—Fig
do, emp
quisiera
te, y en
millones
de Jaruc
ingenio
lla, que
funta ma

—Dis
terrumpa
ve y son
de Jaruc
en esta
que vd.
que los
aunque
mi pob
derecho
cion. He
nales, c
culpabil
teje la s
putando
gicamen